



PAZ Y BIEN

XI Domingo durante el año

14-VI- 2026



XI Domingo durante el año

14–VI– 2026

Textos:

Ex.: 19, 1b-6a.

Rom.: 5, 6-11.

Mt.: 9, 35—10, 8.

"Ustedes serán para mí un reino sacerdotal"

Hoy las lecturas nos hablan del amor paternal de Dios que se manifiesta en la elección que Él hace de Israel como propiedad exclusiva, elección que se hace universal con Jesús. Por amor nos eligió y asoció a su tarea de salvación del hombre fatigado, abatido y perdido.

Si bien debemos reconocer que hay un llamado para una especial consagración, como el que le hizo a los apóstoles, no debemos desconocer que Dios nos llama a todos, para que demos fruto y un fruto que permanezca. En primer término, este fruto es la santidad, estamos llamados a constituir un reino sacerdotal, una nación consagrada (cfr. Ex. 19, 6a). *"Esta es la vocación primera, fundamental, elemental, anterior a todo otro llamado"* (Mons. Pironio). Toda nuestra vida cristiana depende de este primer llamado, también *"el fruto apostólico, la irradiación de nuestra propia profundidad interior por la comunicación de Cristo que habita en nosotros, vendrá después"* (id.).

Dios *"nos eligió en la persona de Cristo"* (Ef. 1, 4), es en definitiva nuestra vocación a la santidad y a la filiación adoptiva y, por tanto, a la fraternidad con Cristo.

Hermanos, Dios nos llama para que nuestra vida sea fecunda, no estéril, y será fecunda en la medida de nuestra comunicación con Cristo, permanecer unidos a Cristo como Él permanece unido al Padre.

Dios nos llama porque nos ama y su amor nos limpia, nos cambia y santifica. El amor de Dios es extraordinariamente fecundo. En el llamado, Dios siempre tiene la iniciativa: *"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis, y deis fruto, y ese fruto permanezca"* (Jn. 15, 17), nos enseña san Juan.

Dios por amor entra en nuestra vida, como entró en la vida de los apóstoles, nos llama, nos consagra y nos envía.

Hermanos, en este mes se celebra entre nosotros el día del padre, y paradójicamente lo hacemos en medio de una cultura marcada por la orfandad, por la apostasía de la autoridad, ausencia del Estado y muchas veces la ausencia emocional del padre, en una época en la que se suele crecer con *“hambre de padre”*, donde cada vez más se registra el síndrome de quienes padecen la ausencia emocional de un padre que sea responsable transmisor de valores, de patrones masculinos nutricios espirituales y emocionales, que sea guía, referente, sustento afectivo (cfr. S. Simay, *“Elogio de la responsabilidad”*).

Ante esta realidad, debemos crecer y hacer crecer nuestra relación con Dios Padre; sentirnos amados por Dios nos permitirá encontrar en Él, el referente que nos da seguridad y certeza.

Como preparación al día en que deberíamos reflexionar sobre la paternidad, San Pablo, encarnando la paternidad de Dios, nos enseña, que el padre cristiano es aquel que hace una justa valoración de su hijo (cfr. I Cor. 1, 26), que respeta sus tiempos (cfr. I Cor. 3, 2), que pone como cimiento de sus hijos a Cristo (cfr. I Cor. 3, 11), que reconoce en sus hijos el santuario de Dios (cfr. I Cor. 3, 16), que les enseña la verdadera sabiduría (cfr. I Cor. 3, 18-19), que les enseña a portarse como hermanos (cfr. I Cor. 6, 1-11), que enseña la virtud de la templanza a sus hijos (cfr. I Cor. 6, 12-20), que no los usufructúa (cfr. I Cor. 9, 1ss), que sabe ponerle límites (cfr. I Cor. 10, 23), que es modelo para ellos (cfr. I Cor. 11, 1), que los corrige con firmeza (cfr. I Cor. 17, 17-22), que reconoce la diversidad que enriquece a la familia (cfr. I Cor. 12, 18), que los educa con amor (cfr. I Cor. 13, 1-3), que los educa en la responsabilidad al servicio del bien común: los dones al servicio de la familia y de la comunidad (cfr. I Cor. 14, 6ss), que educa con generosidad (cfr. I Cor. 16, 1-4), y por último que dedica tiempo a sus hijos (cfr. I Cor. 16, 7).

Hermanos, pidamos al buen Dios, que todos los padres, abrevando en la paternidad de Dios, sean reflejo del amor paterno de quien toda paternidad toma su modelo; y que al recordar a nuestro padre, comprendamos que el pensamiento dirigido al padre debe terminar en Dios (cfr. Santa Teresita, Carta II).

Que Dios Padre bendiga, fortalezca y confirme a los padres en su tarea y servicio para con sus hijos, y conceda el descanso eterno en su amor a los que se durmieron en el Señor.

Amén.

G. in D.